

DEBATE

Diálogo epistolar sobre nacionalismos: ¿hay un nacionalismo bueno y otro malo?

Teresa Forcades y Demetrio Velasco.

Miembros del Consejo de Dirección de IGLESIA VIVA.

El tema del nacionalismo ha estado siempre presente en el Consejo de Dirección de Iglesia Viva. En 1981 dedicamos un número doble (95/96) a reflexionar sobre *Nacionalismos y conflictos socio-económicos*. En él, junto al enfoque histórico (Tuñón de Lara) y jurídico (Pablo Lucas Verdú), Rafael Belda aportó la reflexión cristiana sobre el hecho nacional y el nacionalismo. Su posición ha sido siempre la base conceptual que ha orientado a IGLESIA VIVA. Pero los tiempos presentan nuevos problemas y, en este caso, graves problemas. Y con frecuencia, respecto a este tema, el mismo Consejo ha experimentado un notable contraste entre las opiniones de quienes son o han sido sus miembros (Cf. número 221, pp. 145-152). Este ha sido el motivo por el que, en este momento en que instancias políticas de base están impulsando un nuevo proceso constituyente del estado español, hemos invitado a dialogar abiertamente sobre nacionalismos a dos de nuestros miembros. Así lo han hecho TERESA FORCADES y DEMETRIO VELASCO en este primer diálogo epistolar que esperamos continúe y vaya afrontando problemas más concretos y actuales.

I

Berlín, 3 de enero, 2014

Querido Demetrio,

Paz y Bien

Te escribo esta carta para defender el nacionalismo bien entendido. Y empiezo reconociendo que el nacionalismo mal entendido se ha dado en la historia, se da hoy en día, es frecuente y es siempre causa de violencia.

Hay quien sostiene que nacionalismo y violencia son indisociables, puesto que es intrínsecamente violento separar lo que Dios ha unido, a saber, la humanidad, en grupos nacionales mutuamente excluyentes y pretender que las personas se sientan más vinculadas a los miembros del grupo que les ha tocado en suerte que a los demás. Esta pretensión – sostienen algunos – es un absurdo evangélico. Si el nacionalismo bien entendido tuviera algo de intrínsecamente excluyente y divisorio, algo que disminuyera la fraternidad o la solidaridad sin barreras ni distinciones de ninguna clase, no sería yo quien lo defendiera. Si lo defiendo es porque entiendo que el nacionalismo bien entendido estimula el vínculo humano, lo concretiza y se convierte en oportunidad para crecer en la solidaridad, para salir del propio núcleo familiar o de amistades y atreverse a pensar en colectivo más allá de creencias o de intereses comunes. Por pensar en colectivo entiendo tener un proyecto colectivo y sentirse implicada en él, un

proyecto que no hace distinción de personas sino que está abierto a todas las que habitan un determinado territorio, a todas las que deseen venir a habitarlo, e incluso a todas las que, desde la distancia física, deseen formar parte de él.

El teólogo y místico judío Abraham Joshua Heschel decía que el tiempo es más de Dios que el espacio, puesto que el tiempo nos hace contemporáneos y el espacio nos hace rivales. El instante presente me pertenece tanto a mí como a ti, ambos podemos utilizarlo como nos plazca, podemos darle incluso usos contrarios, sin que deje de pertenecernos a los dos por igual. El instante no está más cerca de ti que de mí, no es más tuyo que mío. El instante, el tiempo, nos revela nuestra igualdad, nos hermana. El espacio, en cambio, nos hace rivales puesto que no es posible que tú y yo ocupemos simultáneamente el mismo espacio. El abrazo no es una excepción, puesto que incluso en el abrazo existen posiciones diversas que no pueden ser ocupadas por los dos de forma simultánea. El espacio, dice Heschel, nos hace rivales. Es por eso, según Heschel, que los judíos adoran a Dios en el tiempo y no en el espacio. Por eso tienen el Shabat y no tienen catedrales.

Creo que la reflexión de Heschel es muy sugerente y, sin embargo, debe ser criticada desde el punto de vista de la Trinidad cristiana. En la Trinidad, la

distinción, el hecho de que exista un 'no' en Dios, el hecho de que el Padre no sea el Hijo y éste no sea el Padre, y ninguno de los dos sea el Espíritu, el hecho de que cada una de las tres personas divinas ocupe un 'espacio propio' y tenga su identidad distintiva, no es óbice para que se establezca entre ellas la unidad más estrecha, la fuente, de hecho, de toda unidad y de toda identidad. Unidad en la diversidad, este es el secreto que el nacionalismo bien entendido nos revela. Unidad en la diversidad es unidad que no tiene nada que ver con la uniformidad.

Precisamente en contra del avance galopante de la globalización uniformizadora deben alzarse hoy más claras que nunca las particularidades locales, las lenguas, las tradiciones y costumbres que dan testimonio de una determinada experiencia histórica. Deben hacerlo para preservar la riqueza de la experiencia humana en toda su diversidad, antes de que acabemos todas hablando en chino. Deben hacerlo, eso sí y ahí veo yo su mayor reto, deben hacerlo sin ahogar su diversidad interna, demostrando su sensibilidad nacionalista precisamente en su respeto y su potenciación de las variedades dialectales o de lengua si las hubiere y articulando sus leyes y sus normativas a fin de promoverlas.

¿Es necesario el concepto de nación para promover la diversidad? No es que sea necesario y no tengo ningún interés en discutir sobre palabras, mientras tengamos claro de lo que hablamos. Podemos, en lugar de *nación*, hablar de *pueblo*. Tanto si utilizamos la palabra pueblo como la pala-

bra nación, queda claro que la ordenación política de esa nación o pueblo puede ser diversa: tenemos naciones pluriestatales y tenemos estados plurinacionales. El pueblo catalán, por ejemplo, es pluriestatal, puesto que tiene a sus miembros actualmente repartidos por cuatro estados: Andorra, Italia, Francia y España. El estado boliviano, en cambio, es plurinacional y también lo son el estado español y el francés. La diferencia es que el estado boliviano lo reconoce en su constitución con orgullo, el español lo reconoce a regañadientes y el francés lo niega.

A mi entender, la palabra es lo de menos, pero la realidad de lo que la palabra nación bien entendida designa es fundamental reconocerlo y darle espacio en el mundo actual. Esta realidad es la existencia de colectivos que, con más o menos romanticismo o imprecisión histórica, comparten una o varias (normalmente son varias y contrapuestas) narrativas fundacionales y una lengua y reivindican un territorio para llevar a cabo un proyecto de convivencia abierto a todos los que deseen formar parte de él. La nación bien entendida es sobre todo un proyecto de futuro, un querer ser colectivo que es el único que de forma concreta permite enraizarse a las personas y evita que se identifiquen con la nación mal entendida, a saber: una noción de identidad colectiva basada en la exclusión que distingue a las personas de acuerdo con su lugar de nacimiento, con su lengua de origen o su acento, con el color de su piel, con su pedigrí familiar o genético, con su sangre, con su raza o con cualquier otra barrera considera-

da infranqueable. Contra esta nación mal entendida, defiende el proyecto colectivo que valora y promociona unos hechos diferenciales con plena conciencia que estos hechos diferenciales (lengua, cultura, tradiciones) no son ni mejores ni peores que los de los otros pueblos. No son fijos ni serán eternos. Pero son, eso sí, *distintos* y en esto estriba su valor y por eso pueden ser catalizadores de conciencia democrática auténtica, porque ofrecen al individuo un referente colectivo que le per-

mite experimentar su vínculo con la humanidad entera a través de un compromiso concreto y enraizado. A imagen de Dios, no somos solamente individuos, somos comunidad y encuentro fundamental que esa comunidad no sea solamente la religiosa sino que esté definida territorialmente y tenga que enfrentarse a la diversidad interna a la vez que defiende su hecho diferencial hacia fuera.

Teresa Forcades

II

Bilbao, 16 de enero, 2014

Querida Teresa!

No sé por qué, quizá sea por tu condición de teóloga, cuando he leído tu texto, me he acordado de aquello que decía K. Barth en el prólogo al libro de H. Küng a propósito de su tesis sobre la concepción barthiana de la justificación por la fe. "Si lo que dice H. Küng es doctrina verdaderamente católica, estoy dispuesto a ir a Santa María la Mayor y decir "patres peccavi". Teresa, si lo que dices sobre el nacionalismo es cierto, estoy dispuesto a ir a nuestra Señora de Montserrat y confesar que estoy profundamente equivocado y arrepentido por las frecuentes veces en que lo he criticado con cierto fervor. De verdad, ante una definición y una defensa tan sinceras del nacionalismo como la que haces, me he quedado realmente impresionado y sorprendido.

Pero, antes de tomar ninguna decisión precipitada, creo que debo plantear algunas cuestiones que me suscita tu texto y que creo que merecen ser debatidas. En primer lugar, siguiendo las recomendaciones básicas de cualquier filosofía práctica, debemos esforzarnos por clarificar los conceptos para poder, a continuación, valorar críticamente nuestras creencias y formas de pensar. Por eso, me dejas un poco perplejo cuando dices que las palabras son lo de menos y que estás dispuesta a

intercambiar conceptos como nación o pueblo, porque lo importante es la realidad que la "nación bien entendida" designa. Creo que es importante que nos pongamos de acuerdo, también, en los conceptos que vamos a usar. Para mí, nación, pueblo, sociedad, tienen significados muy diferentes.

Comenzando, pues, por tu definición y asunción del "nacionalismo bien entendido", es decir, el no violento, no excluyente y no divisorio, el que, porque permite "pensar en colectivo", alimenta la solidaridad y la fraternidad humanas hasta lograr las cotas más altas de "altruismo universal" que una experiencia humana, necesariamente concreta y particular, y practicada "en un determinado territorio" puede generar. Lo que dices del nacionalismo me recuerda lo que decía Maquiavelo sobre los textos escritos "para espejos de príncipes", en los que se habla de la política tal como debería ser, según una moral cristiana convencional, pero sin tener en cuenta "la realidad efectiva de los hechos" y "la experiencia histórica de los mismos". Ya que tú misma, en algún momento apelas a la necesidad de "testimoniar determinadas experiencias históricas" para preservar así la "la riqueza de la experiencia histórica en toda su diversidad", creo que no es la mejor forma de hacerlo, el descartar de entrada al "nacionalismo malo", que, como tú misma reconoces, existe y con demasiada frecuencia, y

apostar por “el nacionalismo bueno”. Personalmente, no creo que exista un nacionalismo bueno como el que tú propugnas, ni que pueda existir en el futuro en ningún lugar de nuestro mundo. No existe ningún nacionalismo que por su propia naturaleza no busque ejercer la dominación y el poder, especialmente si este se quiere ejercer con soberanía, y que, por tanto, no muestre la cicatriz de su rostro jánico, generando espacios de dominación y servidumbre, de “inclusión excluyente” y de violencia cainita. Si incluso las “solidaridades más altruistas” acaban siendo excluyentes, como lo demuestran a diario tantos proyectos de lograr la “salvación” colectiva, mediante la aplicación de una “verdad” y cohesión sociales que siempre acaban siendo particularistas, creo que es presumir en exceso que el nacionalismo, aunque sea el bueno, lo vaya a conseguir de la forma en que tú describes. No conozco ningún nacionalismo que pueda garantizar el ejercicio de una ciudadanía cosmopolita, superadora de las diferentes hipotecas particularistas (burguesa, patriarcalista, burocrático-administrativa, etc), especialmente la “nacionalitaria” que, hasta ahora, ha lastrado a la ciudadanía democrática.

Estoy de acuerdo con la observación de Heschel de que el “espacio nos hace rivales”. También suscribo, como no podría ser de otra forma, que porque somos imágenes del Dios Trinidad estamos llamados a vivir como Él la unidad y la diversidad y que dicha rivalidad espacial no es definitiva. Pero, tú sabes mejor que yo que “el mesianismo eclipsado” de Jesús y la “reserva

escatológica”, que nos obliga a relativizar los logros humanos, nos impiden caer en la tentación de olvidar que nuestra esperanza se funda en “el misterio de Dios”. Y reconocerás conmigo que todavía no hemos sido capaces de crear ideas y formas políticas con la virtualidad de traducir de la forma menos inadecuada posible lo que significa vivir “trinitariamente” juntos, como iguales y diferentes; de crear hogares humanos “culturales”, “metafísicos”, que trascienden definitivamente la dinámica etológica que demarca y divide el territorio con vallas de hostilidad; de aprender a estar en casa volviendo del exilio, es decir, de construir el nosotros desde los otros, y de no caer en la inmoralidad denunciada por Adorno de “sentirnos demasiado cómodos en nuestra propia casa”.

Coincido contigo en que hay que luchar frente a la uniformización globalizadora del presente fascismo social desde las particularidades locales, las tradiciones, las costumbres, las lenguas, etc., porque estas son el testimonio de una determinada experiencia histórica y, a la vez, la forma de preservar la riqueza de la experiencia humana en toda su diversidad. Pero, yo añadiría que, para que estas particularidades no se perviertan en particularismos excluyentes y acaben priorizando el convertirse en un todo aparte en vez de sentirse partes de un todo, es preciso que se abran a una adecuada universalidad. Sinceramente, no creo que los nacionalismos existentes sean capaces de afirmar así su particularidad. Tampoco comparto tu confianza en la “sensibilidad nacionalista” para respetar y

potenciar el pluralismo y la variedad, tanto social como cultural y, más en concreto, lingüística, que suelen tener las sociedades plurinacionales. La experiencia nos dice, por ceñirnos al ejemplo que tú pones, que la cohesión social que el nacionalismo busca suele ir acompañada de una política lingüística que se impone como condición necesaria para salvar la naturaleza de "la verdadera" comunidad nacional. Quizá sea así, porque, como me ha parecido ver en tu propio texto, cuando se parte de la necesidad de afirmar la nación en clave nacionalista, para promover la diversidad plurinacional del Estado español, se olvida resaltar el hecho de que Cataluña también es plurinacional: con sus diversas narrativas fundacionales y sus diversas formas de reivindicación territorial subyacentes a los diferentes proyectos políticos que compiten ofreciendo su proyecto de convivencia democrática dentro de la misma Cataluña. Concluyes tu carta reconociendo la necesidad de "enfrentarse a la diversidad interna" y, a la vez, "de defender el hecho diferencial hacia fuera". Es la forma nacionalista de afirmar que "los hechos diferenciales de Cataluña", tan "distintos" de los de los demás pueblos de España, exigen una deriva soberanista e independentista, la que me hace desconfiar de la "sensibilidad nacionalista" para asumir y respetar de verdad una realidad tan plural, tan compleja y tan "mestiza" como la

de las sociedades española y catalana. Como diría el poeta Machado, siento demasiado lejos el zumbido creativo de la abeja libadora en la propuesta del nacionalismo catalán.

En varios momentos de tu texto aludes a la cuestión del territorio como el marco necesario para hacer plausible el proyecto nacionalista. Sabes que la cuestión territorial es demasiado importante como para pasarla en silencio, cuando de un proceso independentista se trata. El debate sobre las fronteras que deben delimitar el territorio del nuevo colectivo que busca secesionarse, rompiendo el statu quo ahora existente, así como las razones para reivindicarlo como propio, es, como bien sabes, un debate complejo. Espero que podamos referirnos al mismo.

Como has podido comprobar, cuando hablo de los nacionalismos, hablo en plural. Me refiero tanto al nacionalismo español, como al catalán o al vasco. Pero quiero dejar constancia de que, para mí, no todas las formas de pensar la realidad social y su mejor organización pueden calificarse de nacionalistas de un signo u otro. Hay vida más allá de los nacionalismos, aunque para el nacionalista convencido sea difícil de comprender. "Fuera de la Iglesia, hay salvación....."

Un abrazo. Demetrio

III

Berlín, 26 de Julio de 2014

Querido Demetrio,

Paz y Bien

Tu carta hace notar que, a tu entender, mi caracterización del 'nacionalismo bueno' solo tiene un defecto: que no ha existido nunca. Y añades: ni podrá nunca existir. Es por esto que en esta mi segunda carta intentaré demostrar no solamente que ha existido el nacionalismo al que me refiero como 'bueno', sino que sin él no es pensable un futuro democrático.

Creo que no es pensable un futuro democrático sin diversidad cultural y creo que no es pensable la diversidad cultural sin arraigo territorial. No hay Machado sin Castilla. Hay muchos artistas y muchos literatos que pueden enamorarse de Castilla o inspirarse en ella sin sentirse parte del pueblo castellano, mas no existiría una cultura castellana propiamente dicha sin un pueblo que la sienta como propia y sin una organización política que la valore y vele por ella. El desarraigo es el drama del colonialismo y es lo primero que practican los totalitarismos para poder imponerse. En palabras de Simone Weil: *'arrancamos a los niños polinesios de su pasado cuando les forzamos a repetir: "nuestros antepasados los galos tenían el pelo rubio"'* (Simone Weil, *L'Enracinement*, Gallimard, 1949: p. 38). La persona no es pensable sin una historia y una cultura que sienta como propia (cultura literaria, musical, gastronómica, religiosa, de pensamiento...); la cultura no es pensable sin una lengua y

una lengua no se preserva sin una realidad política favorable. Esta realidad política favorable es lo que denomino pueblo o 'nación soberana' y su defensa es lo que llamo 'nacionalismo'.

El nacionalismo 'bien entendido' es el que defiende esta realidad cultural y territorial no porque la considere mejor que cualquier otra, sino porque no siendo mejor que nadie o incluso siendo peor en calidad objetiva, es la propia y se ama de forma libre asumiendo sus defectos y trabajando desde dentro para superarlos. Cito de nuevo a Weil: *'Se puede amar a Francia por la gloria que parece asegurarle a este país una existencia que se extienda más allá del tiempo y del espacio; o bien se puede amar a Francia como algo que, siendo terrenal, puede ser destruido y que es aún más precioso a causa de su fragilidad. Son dos amores distintos; probablemente incompatibles, aunque el lenguaje los mezcle (...). Solamente el segundo es legítimo para un cristiano, ya que solamente él tiene el color de la humildad cristiana'* (Simone Weil, *L'Enracinement*. Gallimard, 1949: p.115).

Tener compasión por el propio país, amarle por su contingencia y su límite, no por su superioridad o por su destino eterno, amarle por su fragilidad, asumir sus errores históricos como propios y estar dispuesta a pagar por ellos y a construir un país mejor junto con todas las personas que deseen unirse a este proyecto. ¿Ha existido en algún momento un nacionalismo así? Bien, creo que la Sagrada Escritura nos da testimonio

de ello. Tras el exilio en Babilonia, los israelitas más prácticos y cosmopolitas decidieron pasarse al Dios y a la cultura babilónica que a fin de cuentas era la vencedora y que superaba en mucho en esplendor a la provinciana Judea. La mayoría desoyeron la tradición de sus mayores y se apuntaron al carro vencedor. La mayoría, mas no todos. Quedo ese 'resto', el resto de Israel capaz de vehicular para la posteridad una esperanza mesiánica no basada en el triunfalismo sino en la intuición profética del Siervo de Yahvé (cf. Isaías 42-53).

El pueblo judío ha mantenido a lo largo de la historia sus raíces, su idea de nación, su distinción y su peculiaridad, y lo ha hecho a menudo en ausencia de un territorio y de un estado propio. Ahora que tiene estado propio, el estado judío se convierte en colonizador, en destructor del pueblo vecino y de su historia. Creo que los únicos que pueden detener la barbarie del estado judío contra el pueblo palestino no son los judíos que menosprecian su lengua, su religión o su historia sino los que la aman, la respetan y la asumen como propia admitiendo que desde su origen ha sido una lengua, una religión y una historia mestiza como todas y que su configuración actual es contingente y que por eso, por su contingencia y no por su carácter esencialista, es digna de ser amada y potenciada. Esta era la actitud del filósofo judío Franz Rosenzweig, por ejemplo, y este nacionalismo no-chauvinista existió y existe en sus escuelas. También era el nacionalismo de Ghandi y fue también el nacionalismo del abogado Juan Germán Roscio, precursor de la teología de la liberación en la Venezuela del

siglo XIX. Esas son las características del nacionalismo bien entendido: que es consciente de su mestizaje y de su contingencia y que se afirma siempre al servicio de las personas, para favorecer su enraizamiento y nunca para oprimir-las, para uniformarlas o para alienarlas.

Aunque no se haya dado nunca de forma plena y no vaya a darse nunca de forma plena, el nacionalismo bien entendido ha existido a lo largo de la historia y sigue existiendo hoy: ha servido y sirve para inspirar la vida común y para desenmascarar las falacias y la violencia del nacionalismo excluyente. Es una utopía fecunda. Lo utópico en sentido negativo, es decir, lo irreal, es imaginar una sociedad humana sin raíces culturales o lingüísticas, sin historia común, sin territorio de referencia. ¿Cuándo se ha dado esto? ¿Cuándo en la historia ha habido un pueblo capaz de sobrevivir como tal sin territorio de referencia, sin lengua y sin cultura? ¿Y cuándo ha habido un individuo capaz, no ya de sobrevivir, sino de vivir humanamente sin lengua y sin cultura? Por lo que respecta a la soberanía política necesaria para evitar la destrucción de una cultura, ya dejé claro en mi otra carta que puede articularse de formas distintas: como estado plurinacional, como federación, como confederación... Las fórmulas son diversas pero la capacidad de auto-determinarse debe formar parte de todas ellas, es decir, la capacidad de decidir libremente si se desea entrar a formar parte o seguir formando parte del colectivo mayor o bien abandonarlo.

Me parece muy significativo que la Iglesia en el libro del Apocalipsis se

organice en comunidades locales y que la eclesiología del Vaticano II haya enfatizado este hecho: alrededor del obispo se conforma una comunidad que no es 'una parte' de la Iglesia sino que 'es Iglesia' en sentido pleno y que está en comunión con el resto de Iglesias locales de igual a igual. Asimismo, cada obispo no es un delegado papal sino un igual, de manera que al Papa se le denomina 'primus inter pares'. Pablo pedía a las Iglesias locales que se solidarizaran las unas con las otras, pero no diluía su independencia en una realidad centralizada. Estoy en contra de la uniformización, de la burocratización y de la planificación central en todos los ámbitos. Por eso, el nacionalismo bien entendido que Weil llama 'nacionalismo compasivo' me parece la forma más realista de organizar las comunidades humanas: como queda claro en la Palestina actual, al individuo no le protege la declaración universal de los derechos humanos ni ningún otro papel firmado por la comunidad internacional; le protege el pueblo cuando se auto-organiza y siempre se ha auto-organizado mejor allí donde el sentimiento de pertenencia ha sido más fuerte.

Concluyo con las palabras del poeta Salvador Espriu, escritas en plena dictadura franquista. Espriu fue un intelectual que, pudiendo hacerlo, renunció a emigrar y se quedó en Cataluña por patriotismo, para ayudar a preservar la lengua y la cultura de su pueblo.

ASSAIG DE CÀNTIC EN EL TEMPLE

Salvador Espriu / *El caminant i el mur* (1954)

Oh!, què cansatestic de la meva covarda,
vella, tan salvatge terra,
i com m'agradaria d'allunyar-me'n,
nord enlla,
on diuen que la gent és neta,
i noble, culta, rica, lliure,
desvetllada i feliç.

Aleshores a la congregació, els germans
dirien desaprovant:
'Com l'ocell que deixa el niu,
així l'home que se'n va del seu indret,'
mentre jo ja ben lluny, em riuria,
de la llei i de l'antiga saviesa
d'aquest meu àrid poble.

Però no he de seguir mai el meu somni,
i em quedaré aquí fins a la mort,
car sóc també molt covard i salvatge,
i estimo a més amb un
desesperat dolor
aquesta meva pobra,
bruta, trista, dissortada patria.

ENSAYO DE CÁNTICO EN EL TEMPLO

Salvador Espriu / El caminante y el muro (1954)

¡Oh!, Qué cansado estoy de mi cobarde,
vieja, tan salvaje tierra,
y como me gustaría alejarme,
norte allá,
donde dicen que la gente es limpia,
y noble, culta, rica, libre,
despierta y feliz.

Entonces en la congregación los
hermanos dirían desaprobando:
"Como el pájaro que deja el nido,
así el hombre que abandona su lugar",
mientras yo ya muy lejos, me reiría,
de la ley y de la antigua sabiduría
de este mi árido pueblo.

Pero no seguiré nunca mi sueño,
y me quedaré aquí hasta la muerte,
porque soy también muy cobarde y
salvaje,
y amo además con un
desesperado dolor
esta mi pobre,
sucía, triste, desdichada patria.

IV

Bilbao, 3 de agosto de 2014

Querida Teresa:

Acabo de leer tu carta y te confieso que me ha preocupado la forma en que empiezas tu reflexión sobre “el nacionalismo bueno”, del que no solo pretendes demostrar su existencia histórica, sino que llegas a decir que “sin él no es pensable un futuro democrático”. Siempre he pensado que, en las sociedades modernas seculares y pluralistas, el criterio normativo que sirve para legitimar o deslegitimar ideologías y sistemas políticos es su carácter democrático, entendido tal como lo hace el constitucionalismo democrático moderno, y no al revés. En mi anterior carta, pretendía dejar claro que en las sociedades democráticas “hay vida más allá de los nacionalismos, aunque para el nacionalista convencido sea difícil de comprender”. La razón fundamental de mi afirmación está en que la nación de los nacionalistas es un proyecto imaginado, por lo que, para construirla, necesitan nacionalizar a la sociedad en la que viven, ya que ésta nunca será para ellos lo suficientemente nacionalista. Como ves, yo hablo de sociedad, no de nación, y entiendo por tal una realidad plural, compleja y mestiza, de la que la nación de los nacionalistas sería una parte y nunca el todo y de la que esta última no acaba de dar razón cabal, precisamente porque, en mi opinión, no es capaz de reconocer ni de respetar de forma históricamente suficiente dicho pluralismo y mestizaje.

Para mí, es obvio que el nacionalismo no ha mostrado, al menos hasta ahora,

ser la mejor fórmula para defender la diversidad cultural ni el verdadero arraigo social, que se expresan en el logro de una convivencia democrática entre libres e iguales. Siempre he entendido que, en las sociedades democráticas, el verdadero arraigo es el que enraíza a la ciudadanía en el ejercicio real de los principios y valores democráticos: libertad, igualdad y solidaridad. La historia nos ha demostrado que, paradójicamente, este arraigo sólo se ha podido conseguir gracias a un laborioso y con frecuencia doloroso proceso de “desarraigo” respecto a imperativos de pertenencia premodernos y antidemocráticos: estamentales, raciales, religiosos, patriarcalistas, nacionalitarios, socioeconómicos, territoriales, etcétera. Ha sido la construcción de la ciudadanía democrática el vector más importante de dicho proceso. Aunque no es éste el momento de extenderme en lo que ha significado la hipoteca de dichos imperativos, especialmente, por lo que ahora nos ocupa, del imperativo de pertenencia nacionalitario (tanto en su aspecto etnocultural como en el territorial), creo que es importante incidir un poco más en él. Vincular la libertad y la dignidad de las personas y de los grupos humanos a su pertenencia a colectividades definidas por tener una cultura y un territorio propios que las convierten en naciones soberanas que pueden decir con plena legitimidad sobre propio destino es un peligro congénito de todo nacionalismo, por bueno que se auto-proclame. No se debe confundir lo que es la identidad personal basada en la exclusiva y excluyente pertenencia nacionalitaria, que es por su propia

naturaleza prepolítica y acrítica, con la identidad personal vinculada al ejercicio de la ciudadanía democrática. Solamente ésta garantiza a las personas una participación en la sociedad sin la hipoteca de los particularismos premodernos ya enunciados.

Supongo que piensas, como lo muestras en tu texto, que nada de la historia de estos imperativos de pertenencia nacionalitaria tiene que ver con tu "nacionalismo bueno". Pero, sinceramente, creo que entre todos los ejemplos que pones de dicho nacionalismo, no hay ninguno que invalide mi tesis al respecto. La referencia a grandes personajes como Ghandi, Simone Weil, Rosenzweig, Juan G. Roscio, y a su imaginario de un nacionalismo bueno ("nacionalismo compasivo", lo llamas con S. Weil), frente al nacionalismo violento e incluso totalitario que a muchos de ellos les tocó padecer, sirve, como tú misma dices, como un horizonte utópico capaz de "inspirar la vida común y para desenmascarar las falacias y la violencia del nacionalismo excluyente". Pero ninguno de los ejemplos concretos a los que aludes me parece adecuadamente pertinente para argumentar en este sentido. Desconozco el nacionalismo venezolano del siglo XIX y me parece poco afortunada la referencia al mundo palestino por lo que de tragedia conlleva, como diré más tarde. Pero, una vez más, me parecen particularmente discutibles, los ejemplos que sacas de la tradición bíblica, vetero y neotestamentaria. Te recuerdo lo que te comentaba en mi carta anterior respecto a la inspiración trinitaria de tu nacionalismo. Tu actual referencia al "resto de Israel" ("capaz de vehicular para la

posteridad una experiencia mesiánica no basada en el triunfalismo sino en la intuición profética del Siervo de Yahvé"), sugiriendo que es un modelo de nación que ha sobrevivido a la historia y que puede serlo de la nación política moderna tal como la postula el nacionalismo, me parece, cuanto menos, un anacronismo que mi formación exegética no es capaz de digerir. Por lo que yo sé, "el resto de Israel" representa al pueblo de Dios y supongo que nunca debería utilizarse para referirse a sociedades concretas, como la catalana, aunque ésta lograra estar representada por un nacionalismo bueno como el que tú postulas. Lo mismo me ocurre con la referencia a las comunidades locales de las que habla el Apocalipsis o a las comunidades paulinas y que luego enfatizará el Vaticano II. No creo que deban ser utilizadas como ejemplo de organización de comunidades políticas modernas, aunque sean las imaginadas por el "nacionalismo bueno".

No tengo ningún reparo en compartir contigo que el "nacionalismo compasivo" que propones y que, según dices, comienza compadeciéndose por el propio país existente y que proyecta "construir un país mejor junto con todas las personas que deseen unirse a este proyecto" (aunque me surge la pregunta de qué pasará con las que no deseen unirse a él y que con conciencia esclarecida se nieguen a ser nacionalizadas por y en dicho proyecto), podría "ser una utopía fecunda". Pero me parece más difícil de aceptar, como dices a continuación, que dicho nacionalismo "es la forma más realista de organizar las comunidades humanas:

como queda claro en la Palestina actual, al individuo no le protege la declaración universal de los derechos humanos ni ningún otro papel firmado por la comunidad internacional; le protege el pueblo cuando se auto-organiza y siempre se ha auto-organizado mejor allí donde el sentimiento de pertenencia ha sido más fuerte". Más allá de la tremenda tragedia que supone el genocidio del pueblo palestino, no acabo de ver la pertinencia del ejemplo.

Coincido contigo en que la cultura necesita un pueblo que la sienta como propia y "una organización política que la valore y vele por ella". Pero, junto a esta afirmación genérica, no encuentro más explicitación de la misma que lo que decías en la carta anterior y que, ahora, reiteras: "Respecto a la soberanía política, necesaria para evitar la destrucción de una cultura, ya dejé claro en mi otra carta que puede articularse de formas distintas: como estado plurinacional, como federación, como confederación... Las fórmulas son diversas, pero la capacidad de autodeterminación debe formar parte de todas ellas, es decir, la capacidad de decidir libremente si se desea entrar a formar parte o seguir formando parte del colectivo mayor o bien abandonarlo...".

En mi texto anterior, no quise hacer referencia a este párrafo porque entendía que su carácter contradictorio y equívoco se debía a que no habíamos entrado en materia y a que sería el tema de nuestro debate posterior. Teresa, no acabo de entender cómo una nacionalista que, con buena lógica, defiende el derecho a la soberanía política y, como fórmula para ejercerla,

exige el ejercicio del derecho de autodeterminación (que tal como lo entiende el nacionalismo catalán, hoy, se traduce como derecho a la secesión), puede pensar como válidas fórmulas como el estado plurinacional o el estado federal. Tampoco acabo de entender de qué estamos hablando cuando te refieres al "derecho a decidir libremente" sobre cuestiones tan importantes como las citadas.

Yo pensaba que podríamos debatir sobre el "derecho de secesión política" y, en concreto, sobre el derecho de secesión de Cataluña respecto de España; de las razones que se aducen, de los escenarios que se plantean, de los sujetos legitimados para decidir, etc. Me habría gustado ver cómo tu argumento de la preservación de la diversidad cultural está relacionado con la exigencia de detentar un poder soberano y un territorio propio en el que ejercerlo; o cuál es tu posición respecto a los argumentos más recurrentes del discurso nacionalista: los que tienen que ver con la justicia rectificativa o con la redistribución discriminatoria; etcétera. Todo ello, como se debe hacer en democracias deliberativas: deliberando, dialogando y evitando caer en la patología democrática del "decisionismo".

Concluyo diciéndote que me ha encantado el texto de S. Espriu. Me pregunto qué pensarían tanto él, como A. Machado al que ambos nos hemos referido, que tan gran dolor sintieron por su patria, de esta penosa situación en que nos encontramos.

Un abrazo. Demetrio